

ARTÍCULOS

*NECROTOPOGRAFÍAS DE LA CARNE: POÉTICAS
ANALES Y DESVÍOS REPRODUCTIVOS DE LA PSIQUIATRÍA
FINISECULAR*



NECROTOPOGRAFÍAS DE LA CARNE: POÉTICAS ANALES Y DESVÍOS REPRODUCTIVOS DE LA PSIQUIATRÍA FINISECULAR

Carlos Gustavo Halaburda

University of Toronto- SSHRC Postdoctoral Fellow

Dr. en Estudios Luso-Hispánicos por la Northwestern University, Estados Unidos; Mg. y B.A en Historia por la University of British Columbia (Canadá). Actualmente es becario posdoctoral del Consejo de Investigación de Ciencias Sociales y Humanidades de Canadá y docente de posgrado en la University of Toronto. Conduce un proyecto titulado *Teratologías feministas: modernismo, vanguardia y el género monstruo en América Latina*.

Utilizando cuadrículas temáticas transversales de estudios sobre discapacidad, teoría queer y trans *, la investigación busca contribuir a los estudios sobre las subculturas sexo-disidentes del Sur Global decimonónico.

Contacto: c.halaburda@utoronto.ca

RESUMEN

PALABRAS CLAVE

*Analidad
Higienismo
Falocentrismo
Francisco De Veyga
Paul B. Preciado*

El campo discursivo de la analidad propone una clave de lectura de textos y subjetividades queer a partir de un amplio espectro teórico que cuestiona las tecnologías sexo-genéricas por las cuales se producían cuerpos 'anómalos' en la psiquiatría argentina de entresiglos (XIX-XX). Este ensayo retoma premisas de los teóricos Guy Hocquenghem y Paul B. Preciado para pensar el estatus del ano dentro de la ficción imperativa de la reproducción heterosexual en el archivo médico positivista. Retomo en las siguientes líneas la figura de la marica o 'manflora', cuyo nombre medicalizado fue el de 'invertido sexual'. Reviso las tácticas discursivas por las cuales el ano produce un desvío de la razón reproductiva al instaurar poéticas plebeyas del cuerpo y un culto al placer anal. Leído como foco del terror del higienismo al contagio de enfermedades y la degradación de los órganos que gestan la vida, el ano generó recursos críticos de los modos en que la psiquiatría extirpó de él toda potencialidad lírica y política.

ABSTRACT

KEYWORDS

*Anality
Hygiene
Phallocentrism
Francisco De Veyga
Paul B. Preciado*

In this article, I propose anality as a discursive field that allows the reading of queer texts and subjectivities from a broad theoretical spectrum that questions the sexo-gender technologies by which 'anomalous' bodies were produced in turn-of-the-century Argentine psychiatry (19th-20th centuries). This essay takes up the premises of the philosophers Guy Hocquenghem and Paul B. Preciado to think about the status of the anus within the imperative fiction of heterosexual reproduction in the positivist medical archive. In the following lines, I return to the figure of the 'marica' [sissy] or 'manflora,' whose medicalized name was that of 'sexual invert.' I review the discursive tactics by which the anus produces a deviation from reproductive reason by establishing plebeian poetics of the body and a cult to anal pleasure. Read as the focus of social hygiene's terror of disease, contagion, and degradation of the reproductive organs, the anus generated critical resources of how psychiatry removed all lyrical and political potentiality from it.

Familia-capitalismo-ano: en esta alianza socioeconómica libidinal que proponía el teórico queer Guy Hocquenghem en su libro *El deseo homosexual* (1972), la jerarquización de los órganos sexuales ligada al capitalismo como un modo de producción de mercancías nombraba al sexo como aquello que se refería exclusivamente al falo. En esta propuesta filosófica, el falo y el dinero devienen fuentes magnéticas: “El falo atrae hacia sí la energía libidinal como el dinero atrae hacia sí el trabajo”, dirá Hocquenghem en su estudio fundacional de la teoría queer francesa (72). Que la sociedad capitalista esté bajo un régimen soberano del pene implica que el sexo y la eyaculación fecundante van de la mano, a tal punto que el “fraude” reproductivo niega la existencia misma del coito como tecnología de producción de cuerpos. Siendo el goce del falo aquello que garantiza un orden hetero-social, la comunidad que se organiza en torno a la figura del “padre-falo” colocará al ano en la esfera privada. Falo público, ano privado: tal división que propone Hocquenghem constituye un modo de vinculación social donde el deseo y la producción serán absorbidos por el pene, mientras que el ano quedará reducido a sus funciones excretorias¹. Y el terror a violar la privacidad del ano, será para la razón heterosexual el locus principal de ansiedad. Se temía la posible colectivización de una cavidad de cuyo estricto resguardo dependía la producción y reproducción de la masculinidad convencional: autoridad, soberanía, violencia. El cuerpo-pene, entendido como mercancía capitalista orgánica, debía resguardar su ano. Tal orificio no podía sustituir fraudulentamente la vagina y el útero reproductor en tanto cavidades vivas desde donde la acumulación de fuerza de trabajo se origina.

En “Terror anal: apuntes sobre los primeros días de la revolución sexual” (2009) Paul B. Preciado escribe un epílogo al trabajo de Hocquenghem, ampliando la historia de la privatización anal. La clausura del ano fue una tecnología heterosexual de marcación de zonas erógenas tanto privilegiadas como abyectas. Preciado explora la piel como una topografía cuidadosamente diseñada bajo lógicas economicistas del deseo. El cercado de sus fronteras libidinales equivalía a la separación de la propiedad privada de la pública. El ano es aquel territorio vivo cuya fronterización aseguraba que el falocentrismo se

¹ Para Hocquenghem, el falo está dotado de una polimorfa comunidad edípica: “La sociedad es falocrática, pues el conjunto de las relaciones sexuales está construido sobre el modo jerárquico en el que se manifiesta la trascendencia del gran significante. El maestro, el general, el jefe de oficina son el padre-falo porque todo está organizado sobre ese modo piramidal en el que el significante edípico distribuye los niveles y las identificaciones. El cuerpo está centrado en torno al falo como la sociedad en torno al jefe; aquellos que carecen de ello y aquellos que obedecen pertenecen también al reino del falo: tal es el triunfo de Edipo” (72).

sedimente como norma, es decir como mecanismo de administración del trabajo y de los afectos: “Fue necesario cerrar el ano para sublimar el deseo pansexual transformándolo en vínculo de sociabilidad, como fue necesario cercar las tierras comunes para señalar la propiedad privada” (136)². La sutura anal y privatización de las relaciones sociales permiten revisar los orígenes de una cancelación. Si el pene nombraba al sexo y garantizaba con la eyaculación fecundante un poder de vida y producción, el ano era señalado como una región infecciosa e improductiva: “Puesto a disposición de los poderes públicos, el ano fue cosido, cerrado, sellado. Así nació el cuerpo privado” (136). Tomando esta arqueología queer de una extirpación libidinal, en lo que sigue rastreó las huellas de cuerpos excéntricos a los cuales el saber psiquiátrico no pudo castrar en la Argentina tardo decimonónica. A partir de una estética plebeya, el ano abierto vendrá a redefinir economías afectivas. Instalará una forma de saber-placer situado en un punto desde donde la enunciación poética y subjetiva parecía vedada.

La crítica latinoamericana ha permanecido reacia a otorgar un lugar de enunciación al ano. El campo discursivo de la analidad como clave de lectura de textos y subjetividades queer aún contiene un amplio espectro de posibilidades para cuestionar las tecnologías sexo-genéricas que producían cuerpos ‘anómalos’ a partir de los artefactos culturales³. Quisiera detener mi mirada en el clásico trabajo de Jorge Salessi, *Médicos maleantes y maricas* (1995) para pensar el estatus del ano dentro de la ficción imperativa de la reproducción heterosexual en el archivo médico argentino. Retomo en las siguientes líneas la figura de la marica o “manflora” finisecular (cuyo nombre medicalizado fue “invertido sexual”). Reviso las tácticas discursivas por las cuales el ano produce un desvío de la razón reproductiva al instaurar poéticas plebeyas del cuerpo. Leído como foco del terror del higienismo al contagio de enfermedades y la degradación de los órganos que gestan la vida, el ano continúa generando recursos críticos de los modos en que la medicina extirpó de él toda potencialidad lírica y política.

² Esta operación biopolítica también es abordada en el trabajo seminal de Silvia Federici, *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación primitiva* (2004). “Contra la ortodoxia marxista, que explicaba la «opresión» y la subordinación a los hombres como un residuo de las relaciones feudales, Dalla Costa y James defendieron que la explotación de las mujeres había tenido una función central en el proceso de acumulación capitalista, en la medida en que las mujeres han sido las productoras y reproductoras de la mercancía capitalista más esencial: la fuerza de trabajo” (16), subraya Federici.

³ Destacan los trabajos recientes de Nathalie Bouzaglo (2016) y de Javier Guerrero (2014) quienes han abordado la enunciación anal como práctica de cuerpos extraoficiales, ‘anómalos’, queer, en la novelística de Rufino Blanco-Fombona y de Reinaldo Arenas, respectivamente.

Mientras que Salessi centra su atención en cómo la analidad está ligada a un modo de construcción identitaria sexo-disidente, quiero en vez enfatizar cómo la enunciación queer se desidentifica de imperativos reproductivos. Examinó en este breve artículo un pequeño catálogo anal de enunciados que desarmaban las verdades científicas adjudicadas al ano⁴. En dichos sintagmas, contenidos en dos estudios médicos del psiquiatra Francisco De Veyga, el ano pasa de ser una necrotopografía de la carne a conformar un espacio relacional, un dispositivo social que cuestionaba las formas de producción heterosexistas de lo deseante. Los ensayos clínicos en cuestión son “Inversión sexual adquirida” (1903) e “Inversión sexual congénita” (1902).

Siguiendo a Preciado, quien a su vez se basa en las investigaciones de Félix Guattari y Gilles Deleuze, tomo el concepto de «cartografía queer» para explicar los procedimientos mediante los cuales el poder psiquiátrico se espacializaba en el cuerpo sexo-género-disidente finisecular. Trazo un mapa de los órganos investidos tanto de un poder de vida como de un necro-poder. Una cartografía queer⁵ del ano da cuenta de una serie de métodos discursivos y delimitaciones espaciales con los cuales la mirada clínica necropolitizó una cavidad. Se trató de un melodramático movimiento de conversión: el ano será el órgano villano por excelencia en el teatro psiquiátrico de la inversión sexual. Su magnetismo, misterio y seducción deshacían los sintagmas característicos de la vida doméstica y la intimidad burguesa. El ano, en villana alianza con la mano masturbadora, la nariz, los oídos y los ojos fetichistas, desplazaba a la vagina biopolitizada para devenir

⁴ Este artículo breve es parte de una investigación iniciada en Northwestern University y expandida en el marco de una estadia posdoctoral en la Universidad de Toronto, financiada por el Social Sciences and Humanities Research Council of Canada. El proyecto examina los vínculos entre el testimonio clínico decimonónico y las poéticas plebeyas de poblaciones eróticas estigmatizadas por el poder psiquiátrico en América Latina. Agradezco el apoyo de The Sexualities Project at Northwestern. Este trabajo nació de los productivos diálogos que surgieron en abril de 2019 en el simposio de Princeton University, *Drag Kings: An Archeology of Spectacular Masculinities in Latino America*. Mi enorme agradecimiento va dirigido a Javier Guerrero y Nathalie Bouzaglo por invitarme a formar parte de ese grupo de trabajo que inspiró estas páginas.

⁵ Estudiosos del Latinoamericanismo LGBTIQ como Daniel Balderston, Gastón Alzate, Héctor Domínguez-Ruvalcaba y David William Foster han explorado las complejidades geopolíticas de teorizar la noción de lo queer. El término ha encontrado en algunos círculos académicos un rechazo por dar cuenta de una epistemología y una expresión sexo-genérica impuesta por instituciones y activismos del Norte Global anglófono. Dice William Foster que, en la intervención de Alzate, conceptos como ‘raro’ y ‘excéntrico’ podrían aglutinar lo que el término queer define y nombra en los estudios escritos en inglés, es decir, una crítica del hetero-patriarcado. Por otro lado, Domínguez-Ruvalcaba sostiene: “En algunos círculos activistas y académicos el uso del término *cuir* se ha preferido a queer, como es el caso de Miguel López y Fernando Davis. Sayak Valencia prefiere este término, pues representa un gesto decolonial en la transgresión sudaca del término queer” (99). En todo caso, en este ensayo, “queer” nombra una posición disidente encarnada y un tipo de lectura de aquellos comportamientos disidentes en la era del higienismo.

orificio profano, fraudulento y falsificador. El ano, así como la mirada, el olfato y las manos herejes, ponía a trabajar al pene, reduciéndolo a una prótesis viva generadora de sensaciones voluptuosas, pero vaciándolo de sentidos netamente filio-patriarcales, masculino-soberanos y reproductivos⁶.

Intrigas anales

Francisco de Veyga (1866-1942) fue un intelectual-funcionario argentino y una figura preponderante de la cultura y la ciencia médico-forense de los siglos XIX y XX. Asistió al Colegio Nacional y luego a la Facultad de Medicina de Buenos Aires. En 1890, finalizó sus estudios médicos con una disertación enmarcada en los lineamientos científicos del higienismo titulada, “Contribución al estudio de la fiebre tifoidea”. Tras su graduación, viaja a París con el proyecto de especializarse en bacteriología con Émile Roux (1853-1933) en el Instituto Louis Pasteur. Pero, fascinado por los últimos avances de la neurología, se vincula con Jean-Martin Charcot (1825-1893) y asiste a sus famosas clases en La Salpêtrière. Regresa a Argentina en 1892 y el entonces presidente Carlos Pellegrini (1846-1906) le otorga por decreto el cargo de director del Hospital Militar. En 1897, dicta el primer curso de antropología y sociología criminalista. Poco después, en 1899, le dará forma a la cátedra de Medicina Legal de la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires bajo tres ejes epistemológicos que serán definitivos en el estudio de las patologías del sexo y que se publicarían luego en los *Archivos de Psiquiatría y Criminología Aplicadas a las Ciencias Afines* (1902-1913): jurisprudencia médico-argentina, tanatología y traumatología, y criminología-psiquiátrica forense. Para la investigación criminológica, la alianza entre el poder policial y la Universidad conlleva a la fundación del Depósito de Contraventores con De Veyga en la dirección y José Ingenieros (1877-1925) como jefe de clínica (Weissmann 1-10)

De Veyga publicó libros relativos a la higiene social entre los que se encuentran *Los lunfardos. Psicología de los delinquentes profesionales* (1910) y *El actual movimiento de desnatalidad de nuestra raza* (1944). Pero serán sus ensayos sobre teratologías e inversiones sexuales publicados en los *Archivos* los ejemplos más salientes de difusión de los nuevos dispositivos de disciplina y normalización sexo-genérica. Salessi enfatiza que “la escritura [se tornó en] una característica común de estos médicos forenses, practicantes de la

⁶ Para un estudio de los fetichismos y sinestias génito-musicales, véase Ingenieros 1910.

medicina legal y productores de innumerables historias clínicas escritas, reescritas, publicadas, editadas y vueltas a publicar en innumerables procedimientos legales, libros, revistas y periódicos científicos” (129).

La escritura melo-psiquiátrica del ano marica se inscribía en los discursos higienistas como estrategia de identificación. Sobre la superficie anal se cifraba un peligro. El conflicto ético se narra desde la amenaza y el suspenso, desde la pasividad y el combate. El ano capturado en la torre de los deseos prohibidos será objeto de sacrificio, pena y encierro. En los espacios donde trabajaba De Veyga, los invertidos circulaban, se controlaban, o resistían a la norma establecida por la economía falocéntrica. Además de la inspección anal, la confesión y documentación del testimonio transformado en caso patológico y publicado en la revista, otras serán las técnicas de producción del desvío sexual. El somato-poder, además de melodramático, era también arquitectónico: el consultorio, la cátedra universitaria y el calabozo serían verdaderos planos espaciales investidos de rituales purificadores del ano homosexual.

En “Inversión sexual adquirida: tipo profesional, un invertido comerciante” (1903), primer texto del que me ocuparé, la enunciación en primera persona de La Bella Otero, marica travesti que facilita su autobiografía de poetisa y bailarina a De Veyga, reemplazará en el texto médico la voz autorizada de la clínica por un saber ano-disidente. Esta estrategia de auto-representación es denominada por Salessi como “el poder creativo de las maricas” (314-330). Por otro lado, vale la pena notar que, en el contexto decimonónico clínico y transnacional, “travesti” [Transvestiten] fue un término acuñado por el sexólogo alemán Magnus Hirschfeld. Lo usó en 1910 en su libro *Die Transvestiten: ein Untersuchung über den erotischen Verkleidungstriebuna* [Travestis: una investigación sobre el impulso del disfraz erótico] para describir, según Susan Stryker, “the erotic urge for disguise”. Es así como entendió la motivación que llevó a algunas personas a usar ropa generalmente asociada a un género diferente al que se les asignó al nacer. Para Hirschfeld, “travestis” eran “sexual intermediaries”, incluidos los homosexuales y hermafroditas. Según Stryker, inicialmente, este término se usó de manera muy similar a como se usa hoy la categoría identitaria “transgénero”: “to convey the sense of a wide range of gender-variant identities and behaviors” (16)⁷.

⁷ Ahora bien, siendo consciente de los usos disputados de este término en el discurso académico, es necesario señalar que, en la Argentina, «travesti» nombra una identidad política heterogénea que atestiguó una creciente violencia policial desde su criminalización en la década del 30. Siguiendo la trayectoria histórica de la identidad travesti en Argentina propuesta por Leticia Sabsay y Anahí Farji Neer, Martín De Mauro Rucovsky explica que “la regulación estatal ve tanto al travestismo como a la homosexualidad como amenazas a la nación y ha tratado de

“Delirio” será la respuesta de la medicina para echar a la sombra de la locura un modo contra-biopolítico que hace del ano travesti un arte poético de la disidencia sexo-genérica. Autoidentificándose como mujer en su poema, La Bella Otero escribía: “Soy una mujer que me gusta mucho el placer y por eso lo acepto bajo todas sus fases. Algunos dicen que por todo esto soy muy viciosa, pero yo les escribo el siguiente verso, y se lo digo siempre”:

Del Buen Retiro a la Alameda/ los gustos locos me vengo a hacer.

Muchachos ténganlo tieso/que con la mano gusto os daré.

Con paraguñitas y cascabeles/y hasta con guante yo os las haré.

Y si tú quieres, chinito mío, / por darte gusto la embocaré.

Si con la boca yo te incomodo/y por la espalda me quieres dar, no tengas miedo, chinito mío, / no tengo pliegues ya por detrás.

Si con la boca yo te incomodo / y por atrás me quieres amar, no tengas miedo, chinito mío, / que pronto mucho vas a gozar.

La Bella Otero fue una migrante travesti nacida en Madrid en 1880. Antes de ejercer el trabajo sexual en Buenos Aires, había sido empleada en tareas domésticas. Como muchas travestis del entresiglo, toma su nombre de la famosísima actriz y cortesana Agustina del Carmen Otero Iglesias (1868-1965), símbolo de la *Belle Époque* parisina quien se dio a sí misma el nombre La Bella Otero cuando comenzó su carrera en Francia hacia 1888⁸. La Bella Otero criolla, según De Veyga, pretendía “ser su rival” (493). Y agrega:

erradicarlas a través de una serie de normas instauradas principalmente a través de edictos policiales (introducidos en la década de 1930 en Buenos Aires y la década de 1950 en otras provincias) y, más tarde, a través de códigos de faltas (a partir de la década de 1990). Ambos tipos de legislación incentivaron la sanción, disciplina y vigilancia de las conductas ilícitas, así como la vigilancia de los espacios públicos” (226. Traducción del autor).

⁸ Cuenta Gabriella Asaro: “Carolina Otero, nacida Agustina Otero Iglesias el 4 de noviembre de 1868 en Pontevedra (Galicia), de madre gitana y padre desconocido, vivió una infancia y una adolescencia marcadas por la miseria y la violencia; para olvidar sus problemas y satisfacer sus necesidades, bailó en las calles y posadas, luego en pequeños cabarets, en España y Portugal. En 1889, Carolina salió de España y llegó a París en vísperas de la inauguración de la Exposición Universal. El 18 de mayo de 1890, la joven española debutó en el Cirque d’été de

Solo por excepción usa traje varonil, prefiriendo la indumentaria femenina que usa con desenfado y hasta con elegancia. Sale poco de su casa y, por lo general, en carruaje, para evitar incidentes callejeros molestos que le sería imposible esquivar, dada su relativa notoriedad entre los aficionados al género [...]. Carece del sentimiento de la propiedad privada; y así como no siente escrúpulos ante la ajena, distribuye sus entradas entre sus congéneres, sin reparar en la cantidad que da ni en la persona que la recibe. (494)



Fig.1. La Bella Otero. *Archivos*, 1903.

Peligrosa y mortífera inversión. Si el ano se suponía privado, La Bella Otero lo socializaba. Si el dinero, en íntima hermandad con el ano, se custodiaba en la esfera privada,

Charles Franconi; cuatro días después, La Soirée parisienne le atribuyó el adjetivo “Belle” que, a partir de entonces, quedó indisolublemente ligado a su nombre. El triunfo internacional llegó en 1891, de regreso de una larga gira por Estados Unidos, cuyo éxito había sido hábilmente preparado por el agente -y amante- de La Belle Otero, Ernest André Jurgens, director del Eden Museum de Nueva York. Abandonado por la bailarina en 1895, Jurgens puso fin a su vida. Otros amantes abandonados siguieron su ejemplo, lo que le valió a Bella Otero el sobrenombre de “sirena de los suicidas” y contribuyó a su fama de mujer fatal” (2011. Traducción del autor).

ella lo ponía en circulación comunitaria, sin distinción, sin escrúpulos: comunismo anal. Por otro lado, la reversión de significados clínicos en el poema neutralizaba un estigma.

Más allá del gesto de auto-representación de una identidad marginal que bien nota Salessi, me interesa subrayar que la poética plebeya del ano supone la celebración de una bio-cartografía antisistema. Su tecnología semiótica ponía en crisis al futurismo reproductivo del fin de siglo. Como *performer* de una analidad pública y colectiva, la poeta marica travesti hablaba de una espacialización alternativa y transformadora del ano capaz de deshacer su construcción somática como topografía infecciosa. Generaba en vez un desplazamiento de la voz clínica. Se producía un autoconocimiento de los espacios herejes de la carne y sus capacidades de goce. La voz poética no habla ni desde la culpa ni la vergüenza sino desde una pose plebeya que cuestiona lúdicamente los modos en que la clínica fabrica deseos legítimos y prohibidos. La Bella Otero tornaba su ano en centro lírico de autoconocimiento sexual. Pero también identificaba una topografía carnal que complicaba la reducción higiénico-policia del ano como mero locus de eliminación orgánica.

Placeres puros: desfloración y porvenir

Así como De Veyga tramaba sus intrigas anales en torno a la categoría de “inversión adquirida”, montará asimismo bajo la gramática del delirio un teatro anatómico-genital de villanización del ano. Orquestando una relación entre afeminamiento y enfermedad ya clásica en las ficciones somáticas de la psiquiatría, contará el caso de la travesti Manón bajo el título “Inversión sexual congénita” (1902). En 1899, presuntamente en su consultorio, De Veyga observa un joven aquejado por la tuberculosis. El médico lo describirá como “joven de 18 años, de correcta presencia, aspecto afeminado, lampiño, insinuante” (44). Con su cuerpo demacrado, espetando sangre, visita al médico para tratar el cuadro infeccioso. Luego regresaría en variadas ocasiones para hacer del consultorio un confesionario de sus excentricidades. Se abría terreno para diseñar un espacio de enunciación y saber anal. Cuenta De Veyga:

Manón, que tal es su nombre de batalla, había sido un niño sano hasta la edad de 15 años; no tenía hábitos de masturbación e ignoraba las relaciones sexuales con las personas del sexo femenino. A esa edad, en la plenitud de la crisis de la pubertad, tuvo sus primeras emociones sexuales. Su maestro de escuela le acariciaba con demasiada ternura; en alguna ocasión le acarició las piernas, los órganos sexuales y la región

interglútea...hasta que un día fue invitado por él a acompañarle a dormir. Así se produjo su desfloración *a retro*. (45)

Intensificación de opuestos en el melodrama de la desfloración: el pene villano del maestro invertido corrompía el sexo “verdadero” a partir de una sustitución perversa. La invaginación anal se hace necesaria para hablar un lenguaje familiar en la anatomía genital prescrita por la clínica. Si la flor, imagen de pureza y virtud asociada a la vagina y por extensión al útero gestante, era asociada aquí a un necro-orificio es porque solo la pureza anal podía sostener la estética hetero-reproductiva y masculinizante. Si la estética binaria falo-penetrador/vagina-penetrada era entendida como fábrica de sensaciones y valores contenidos en una economía libidinal, «desflorar el ano» del futuro padre-falo suponía la perversión del joven, la pérdida inexorable de su estatus masculino-virginal. Se había abierto villanamente una cavidad que debía permanecer cerrada para garantizar que las estructuras de producción de lo masculino permaneciesen intactas. El niño sano, de buena estirpe, había quedado marcado.

Mediante un acto que “se repitió muchas veces” el “porvenir sexual” de Manón había quedado “perfectamente orientado”, sentenciaba el médico (45). Era como si la penetración anal fuese la operación de determinante ruptura con todo futuro posible de lo masculino. El ano abierto había desatado una serie de estragos imparables para las mecánicas de los centros de placer, en tanto que el joven había hecho un uso soberano del cuerpo: “Los tocamientos del maestro no fueron para él una sorpresa; desde el primer momento tuvo la sensación de que esa era su forma normal de sentir emociones afectivas y sexuales. Por eso, lejos de resistirlos, *los buscó*”, concluye De Veyga (45; énfasis mío). De modo que era la preocupación de la clínica subrayar que para los sujetos “congénitamente predispuestos” la educación podía “determinar perversiones sexuales adquiridas” (46). Los placeres anales, buscados y practicados libremente, concedían otro porvenir a la sexualidad que se salía de un circuito de reproducción de cuerpos, acumulación de bio-capital y técnicas de producción del género.

El lenguaje clínico de la perversión anal de Manón precisaba del melodrama porque promulgará una de las convenciones formales de este modo de organizar el discurso: por un lado, la división estricta entre la virtud y la villanía de prácticas en torno al sexo que ponen el «cuerpo civilizado» en peligro. Pero también la destrucción del hogar y la nación como espacios de pertenencia a la forma de vida heterosexual. Para De Veyga, los usos libidinales del ano terminan colapsando la relación entre esfera pública y privada. Ponían en jaque los futuros mismos del Estado-nación mediante una estética de la

desfronterización genital que hacía temblar el régimen falocrático. Dice el médico de Manón: “Considera que el placer sexual puro debe ser el único objetivo del amor y que el amor con mujeres deja de ser un medio de placer puro, por cuanto se convierte en *simple medio de reproducción de la especie*” (45; énfasis mío). Así, quiero subrayar que la estética anal de la resistencia se basaba en la desidentificación con el imperativo de procrear. Manón desacomodaba los esquemas de regularidad del sistema sexo-género que la clínica cuidaba celosamente.

Descuidando el estatuto de su pene reproductor, en la lógica médica, Manón había iniciado una relación simétrica entre el pene y el ano. Pero el médico insistía en diferenciar jerárquicamente sus centros de placer: “De pasivo que era, se hizo también activo” (45); “su sensación de voluptuosidad física no se localiza en el recto; este sitio parece ser el punto de excitación de sensaciones voluptuosas perfectamente localizadas en sus órganos genitales y que se terminan por la eyaculación” (45); “cuando actúa como activo—solamente con otros hombres—sus sensaciones son normales” (46). Como se ve, en el ano penetrado, según De Veyga, no podía localizarse placer alguno. Para la clínica finisecular, no había estética posible del ano abierto. En ese orificio se localizaba un laboratorio disciplinario que demandaba la pureza de lo bello mediante su clausura. El ano aparece como mero punto de excitación subsidiario del pene-soberano. No se esperaba nada del ano abierto más que el excremento, sustancia que en el melodrama clínico equivale al mal. En última instancia, el pene homosexual de Manón, desde que solo penetraba anos, habitaba un cuerpo patológico que no se había desfeminizado: “Su estado mental es completamente femenino: pusilanimidad, ligereza, sumisión, sensibilidad,” esgrime De Veyga (46).

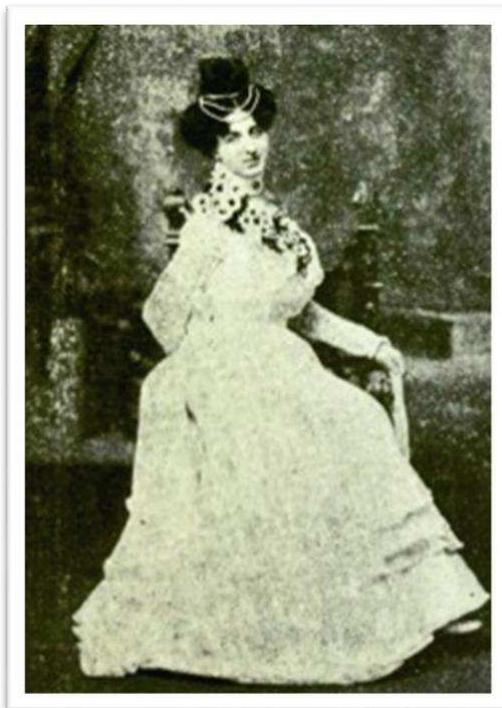


Fig. 2. Manón. *Archivos*, 1902.

La crisis del sistema sexual se daba a partir de la inversión de roles genéricos. El melodrama clínico del reconocimiento de sexos verdaderos (reproductivos) se hacía borroso.

Recupero la noción de “drama del reconocimiento” acuñada por el crítico Peter Brooks en *The Melodramatic Imagination: Balzac, Henry James, Melodrama, and the Mode of Excess* (1976). Allí Brooks dice que el melodrama establece su mandato ético a partir de la Revolución Francesa y de su legado simbólico (15). La decapitación de Luis XVI marca el final del poder público de las instituciones que resguardaban el mundo sagrado tradicional: la iglesia y la corte. Los mitos sagrados colapsan y la sociedad cohesiva y jerárquica se desmantela. El mundo profanado ahora necesitaba de un nuevo régimen de virtudes. El melodrama viene a expresar una nueva cronología de deidades, una nueva religión, una nueva moralidad que se sostiene en el poder de sus representaciones verbales. La revolución burguesa tratará de sacralizar la ley en sí misma y la nación será

la nueva institución regidora de la moralidad. Así, el melodrama producirá incesantes luchas contra los enemigos internos y externos, catalogados como villanos, destructores de la moralidad. Como laboratorio de la revolución, el melodrama, desde su inceptión tiene como razón de ser la expresión e imposición de verdades éticas y físicas.

Ahora bien, ¿qué sucede con un modo cultural que entiende el mundo en base a antinomias? Brooks sostiene que el melodrama es un modo ambiguo. Puede ser revolucionario, conservador o radical, pero lo que no está puesto en duda es que el melodrama, en todo caso, es radicalmente democrático. Tiene éxito para lograr que sus representaciones sean legibles para todos. Se puede argumentar que, legítimamente, el melodrama se transforma en el modo principal de descubrir, de demostrar, de hacer operativo un nuevo universo moral de lo moderno en la era post sagrada, posrevolucionaria; en el mundo burgués. La noción de "drama del reconocimiento" permite establecer una mediación representativa que pone en tensión esa lucha entre villanías y heroicidades. En este sentido, demostrar cómo la clínica positivista dependió de estas antinomias para narrar los usos heroicos y villanos del sexo visualiza las estructuras dramáticas de la ciencia médica y del relato de la reproducción de la especie. Pasividad y actividad, penetración y recepción indiferenciadas desdibujan los estrictos lineamientos de la sexología positivista. Que la performance de la penetración y la recepción se dramatice simétricamente en el cuerpo de Manón desafiaba un dispositivo productor de saberes. Se disolvía la melodramática oposición clínica penetrador-penetrado, masculino-femenino. En última instancia, ante al derrumbe inexorable del edificio heterosexista de la estética genital, la clínica positivista denunció a los gritos males, fraudes y perversidades.

Bibliografía

Asaro, Gabriella. “La Belle Otero, emblème de la Belle Époque”. *Histoire par l'image* [en ligne], consulté le 22 avril 2021. URL : <http://histoire-image.org/de/etudes/belle-otero-embleme-belle-epoque>

Balderston, Daniel. “Los caminos del afecto: la invención de una tradición literaria *queer* en América Latina.” *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, vol. 32, no. 63/64, Centro de Estudios Literarios Antonio Cornejo Polar - CELACP, 2006, pp. 117–130.

Bouzaglo, Nathalie. *Ficción adulterada: pasiones ilícitas del entresiglo venezolano*. Beatriz Viterbo, 2016.

Brooks, Peter. *The Melodramatic Imagination: Balzac, Henry James, Melodrama, and the Mode of Excess*. Yale UP, 1976.

De Mauro Rucovsky, Martín. “The Travesti Critique of the Gender Identity Law in Argentina.” *Transgender Studies Quarterly* 6, no. 2, 2019, pp. 223–38.
<https://doi.org/10.1215/23289252-7348510>.

De Veyga, Francisco. “Inversión sexual congénita.” *Archivos de Psiquiatría y Criminología Aplicadas a las Ciencias Afines*. Buenos Aires, 1902, pp. 44-48.

———. “La inversión sexual adquirida. Tipo profesional: Un invertido comerciante.” *Archivos de Psiquiatría y Criminología Aplicadas a las Ciencias Afines*. Buenos Aires, 1903, pp. 492-496.

Domínguez Ruvalcaba, Héctor. “La mirada queer ante la violencia en tres casos de performance mexicano”. *El lugar sin límites. Revista de Estudios y Políticas de Género*. No 5 / abril 2021, pp. 96-116.

Federici, Silvia. *Calibán y la bruja: mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Trad. Verónica Hendel y Leopoldo Sebastián Touza. Traficantes de sueños, 2004.

Foster, David William. “El estudio de los temas gay en América Latina desde 1980.” *Revista Iberoamericana*, vol. 74, no. 225, 2009, pp. 923–41,

- Guerrero, Javier. *Tecnologías del cuerpo: exhibicionismo y visualidad en América Latina*. Iberoamericana Vervuert, 2014.
- Hocquenghem, Guy. *El deseo homosexual*. Trad. Geoffroy Huard de Ia Marre. Melusina, 2009.
- Ingenieros, José. “Patología de las funciones psicosexuales.” *Archivos de Psiquiatría y Criminología Aplicadas a las Ciencias Afines*. Buenos Aires, 1910, pp. 3-80.
- Preciado, Paul B. “Terror anal”. Guy Hocquenghem, *El deseo homosexual*. Trad. Geoffroy Huard de Ia Marre. Melusina, 2009.
- . “Cartografías queer: el flâneur perverso, la lesbiana topofóbica y la puta multicartográfica, o como hacer una cartografía “zorra” con Annie Sprinkle”. 2017. Open Source. <https://archive.org/details/144406396BeatrizPreciadoCartografiasQueer>
- Salessi, Jorge. *Médicos maleantes y maricas. Higiene, criminología y homosexualidad en la construcción de la nación Argentina (Buenos Aires, 1871-1914)*. Beatriz Viterbo, 1995.
- Stryker, Susan. *Transgender History*. Seal Press, 2008.
- Weissmann, Patricia. “Francisco de Veyga. Prolegómenos de la clínica criminológica en la Argentina”. *Temas de historia de la psiquiatría argentina*, no. 7, 1999, pp. 1-10. 5-11.